CAPITULO I.

EXPOSICION DE LOS PRINCIPIOS GENERALES EN LA MATERIA.

Cuando hablamos de principios generales en este punto, no pretendemos, á ejemplo de los filósofos, fijar aquellos axiomas de los cuales fluyen, como otras tantas consecuencias, las verdades, cuyo conjunto forma lo que se llama una demostracion; porque el misterio de la Santísima Trinidad, no siendo ni pudiendo ser del dominio de la filosofía, tampoco admite una demostracion rigurosamente científica. Trátase tan solo de anticipar ciertas ideas generales que, colocadas exactamente entre la ciencia y la fe, sirvan al mismo tiempo para ilustrar la segunda y para reducir á sus justos límites la primera. Estos principios miran: primero, al carácter del dogma; segundo, al poder de la filosofía sobre este mismo dogma; tercero, á la seguridad de la fe por sus razones intrínsecas. Expondrémos cada uno de estos puntos en los párrafos siguientes.

§. I.

El misterio de la Santísima Trinidad es incomprensible para la razon humana.

No han faltado escritores que, fiándose mucho de su genio, han pretendido prestar á este altísimo dogma las luces de la demostracion, manifestando y sosteniendo que puede ser demostrado *á priori*, á lo ménos en su posibilidad; pero esto no ha sido mas que una vanidosa tentativa, y en cierto modo un motivo para estimular por otra parte las cavilaciones de los herejes. Siendo el misterio de la Trinidad un dogma que admite tres Personas en una sola sustancia; la razon de persona y la razon de sustancia presenta desde luego dificultades insuperables para la perfecta comprension del misterio. En efecto, no se puede comprender cómo siendo la persona un todo completo, principio de sus operaciones, &c., &c., esta haya de concurrir con otras dos en una sola sustancia, sin perder por esto sus caractéres intrínsecos. Esto supera mui mucho á las fuerzas de la razon, y por este motivo en todos tiempos se ha tenido por evidentísima la incomprensibilidad de este augusto misterio. Oigamos empero lo que dice á este propósito Cirilo, obispo de Jerusalen (Catechesi 6). "Es, alude á la Trinidad, la fuente máxima

y perenne de todo bien, es como el manantial de todos los beneficios, luz eterna que resplandece sin fin, fuerza inexpugnable que se baja y acomoda á nuestras debilidades, y cuyo nombre ni aun somos capaces de sostener. *¿Acaso descubrirás el vestigio del Señor*, decia Job, *ó podrás llegar á los extremos de lo que hizo el Omnipotente?* Si lo último y lo mínimo de las obras de Dios no se comprende, ¿cómo se ha de comprender al que ha hecho todas las cosas? *El ojo no ha visto, y el oido no ha escuchado, y no ha podido llegar hasta el corazon del hombre, lo que Dios ha tenido preparado para los que le aman.* Ahora bien: si aun lo que Dios ha preparado no se comprende por la inteligencia humana, ¿cómo podria comprenderse al mismo Dios que ha preparado todas las cosas?" *¡O profundidad de las riquezas de la sabiduría de Dios*, exclamaba el Apóstol, *cuán incomprensibles son tus juicios, cuán inaccesibles á la investigacion tus caminos!* Y si los juicios y los caminos de Dios no pueden investigarse ni comprenderse, ¿cómo podriamos comprender al mismo Dios?

Estos argumentos fortísimos, y los que dejamos expuestos en el capítulo I, nos relevan de ampliar la exposicion de estas pruebas, tanto mas, cuanto que la incomprensibilidad de este misterio es un hecho para cualquiera que tiene acerca de él una noticia dogmática.

Pero no prescindirémos aquí de advertir á este propósito, que nos parecen algo reprensibles los conatos de ciertos escritores, que, inspirados de un mal entendido celo por la verdad teológica, sacan estas materias de sus quicios, queriendo que los dogmas, inaccesibles á la razon, estos dogmas que en sus tinieblas sublimes tienen su fuerza y su gerarquía, resplandezcan sin sombras á la escasa luz de la inteligencia humana. De aquí las pretendidas Trinidades que se han querido sorprender en algunos vagos pensamientos de los filósofos gentiles: de aquí la jactanciosa persuasion que tuvo Raimundo Lullio, en su libro de la Demostracion, de haber probado este misterio con razones tan claras y evidentes que podian por sí mismas producir el convencimiento.

Cuando Chateaubriand pretende hablar á la Trinidad en la inscripcion griega del grande Obelisco mayor de Roma, en los oráculos citados por Eráclio desde Ponto y Porfirio, en tres deidades de los magos, en la filosofía de Pitágoras, y tambien en la India y otras naciones idólatras, nos parece caer en una ilusion lo mismo que tantos otros escritores que le han precedido en esta idea, ó le han imitado despues. No es difícil que algunos rayos perdidos, por explicarnos así, de

esa antorcha de luz depositada en los libros de Moises, aparezcan, como de facto ha sucedido acerca de muchas cosas, en las tradiciones, costumbres y opiniones de todos los pueblos antiguos, y que por tanto nosotros, que hemos recibido toda la luz de la fe, padezcamos la ilusion de imaginar que aquellos han visto hasta cierto punto como nosotros; pero en la realidad no pasa esto de una simple ilusion. Téngase pues entendido que el misterio de que se trata es incomprensible por esencia.

§. II.

Poder de la filosofía sobre este mismo dogma.

El segundo principio de los que nos ocupan al presente, está formulado en la siguiente proposicion:

El misterio de la Santísima Trinidad, considerado en sí mismo ó intrínsecamente, no puede ser demostrado ni verdadero ni falso por la razon.

Demostracion. Para que una cosa pueda ser demostrada verdadera ó falsa por la razon natural, seria necesario que el alma pudiera decidir sobre la conveniencia ó repugnancia de las ideas con argumentos intrínsecos y sacados, por decirlo así, de las entrañas mismas de la cosa. Esto es incuestionable. ¿Y es capaz la razon humana de producir un argumento de esta clase, ora se proponga demostrar, ó bien combatir el dogma de que tratamos? Imposible. El compendio del misterio de la Santísima Trinidad puede ser expresado en esta proposicion: *Dios es uno en esencia y trino en personas: ni por ser uno, deja de ser trino; ni por ser trino, deja de ser uno.* ¿Dónde están pues los argumentos intrínsecos que puedan apoyar la afirmativa ó negativa del entendimiento? Reflexionemos que esto será imposible para quien carezca de una nocion clara y distinta sobre la naturaleza, sobre la esencia y sobre la persona tales como existen en Dios; que ninguno de los hombres puede tener una nocion semejante, porque Dios es incomprensible. Si nuestro entendimiento ha concebido algunas ideas de *naturaleza y persona*, limitadas estas exclusivamente al órden de lo criado, nunca podrian elevarnos al conocimiento claro é intuitivo de la naturaleza divina, ni de las Personas divinas; porque todo esto llena, digámoslo así, la órbita inmensa del Ser esencial, de la perfeccion absoluta, de lo infinito en acto. Estamos pues en el caso de recordar aquí esta palabra de Leibnitz profundamente filosófica: *Es imposible demostrar que haya absurdo en una cosa incomprensible; porque nada es mas comprensible que lo que se demuestra como absurdo.* Por poco sana y prudente que sea nuestra razon, no es capaz ella de enseñarnos, á este propósito, mas que una cosa, y es que en medio de tan espesas tinieblas nada ve, ni le ha sido dado nunca fijar sus débiles miradas en la incomprensible naturaleza del mismo Dios. En efecto, lo que sabemos de Dios por sola la razon, es una consecuencia de las verdades que aprendemos en el estudio de las criaturas; y como las criaturas no dependen de Dios en cuanto á que es uno en esencia y trino en Personas, sino en cuanto á que obra por su inteligencia suprema, por su Omnipotencia, por su bondad infinita, esto es, por atributos que son comunes á las tres Personas divinas, nuestra razon natural está en el caso de confesar su impotencia para demostrar intrínsecamente la verdad ó falsedad de este augusto misterio.

Hemos probado este aserto con el raciocinio; pero él tiene igualmente á su favor la autoridad de las Escrituras y el testimonio de los Padres. Oigamos en primer lugar lo que nos dicen á este propósito las Sagradas Letras. Hablando del Hijo, dice Isaías: "¿Quién será capaz de contar su generacion?[1] Como si dijera: sabemos que existe el Hijo, y por la revelacion que se nos ha hecho, por la luz que de lo alto se nos ha comunicado, tenemos alguna idea de su procedencia; pero no pasemos de aquí, porque no es la mente del hombre quien ha de sondear el abismo de esta generacion misteriosa." Nadie conoce al Hijo, dice Jesucristo por San Mateo (cap. XI V. 27), nadie conoce al Hijo sino el Padre, nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo habrá querido revelarlo. Es decir, que este principio y procedencia, estas dos personalidades divinas, traspasan con mucho los términos de nuestra capacidad, que alcanza mui apénas á poseer las ideas de su existencia, y esto, supuesta ya una revelacion. Cuando el Apóstol San Pablo multiplicaba sus triunfos en el Asia y la Grecia, rindiendo ante los misterios de la fe la razon de sus filósofos, ¿seria creible que tan sublimes resultados vinieron del talento y no de la mision, del raciocinio y no de la autoridad dogmática? El mismo Apóstol nos manifiesta en el cap. II, V. 13 de su Epístola primera á los corintios, que no entraron en su cálculo para nada los miserables recursos de la inteligencia y de la persuasion. "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino solamente el espíritu del

1 Cap. LIII V. 8.

hombre que está dentro de él? Así es que las cosas de Dios nadie las ha conocido, sino el espíritu de Dios. Nosotros pues no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios; á fin de que conozcamos las cosas que Dios nos ha comunicado, las cuales por eso tratamos, no con palabras estudiadas de humana ciencia, sino conforme nos enseña el espíritu, acomodando lo espiritual á lo espiritual. Porque el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del espíritu de Dios, pues para él todas son una necedad; y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir con una luz espiritual. El hombre espiritual discierne de todo, y nadie puede á él discernirle. Porque ¿quién conoce la mente del Señor para darle instrucciones? Mas nosotros tenemos el Espíritu de Jesucristo."[1] Y en otro lugar dice: "Hablamos de la sabiduría de Dios que está oculto en el misterio (℣. 7); y por último, en la segunda epístola á los mismos corintios, dice: "Dios nos lo ha revelado por su espíritu, porque su espíritu penetra y profundiza todas las cosas, aun las profundidades de Dios."

Escuchemos ahora á los Padres. Todos están maravillosamente conformes acerca de este concepto dogmático; y por lo mismo nos bastará citar algunos. San Atanasio apostrofa de esta suerte á los arrianos: ¡O insensatos! ¡ó espíritus audaces y temerariamente emprendedores! ¿por qué no cesáis de investigar curiosamente el misterio de la Trinidad? ¿Por ventura no estáis satisfechos con creer que existe?" *(Epist. ad Serap.)* "No cuenta el hombre, dice San Hilario en su tratado *de Trinitate* lib. 7, para hablar dignamente de Dios, sino solo con la palabra del mismo Dios: cualquiera lenguaje que no sea ella, es limitado, oscuro, embarazoso, lleno de tinieblas." Y en el libro X del mismo tratado manifiesta: "que la fe está en la simplicidad." San Agustin, hablando de este mismo misterio, se expresa en estos términos: "Lo que es inefable, es incomprensible. La misma lengua de los ángeles no seria capaz de explicarlo: ¡lo será pues la lengua de los hombres!"[2] Este misterio, dice por último San Bernardo, en el libro V de su tratado de *Consideratione*, este misterio es grande y digno de respeto, no nos corresponde á nosotros el sondearle. ¿Cómo concebir la pluralidad en la unidad, ó la unidad en la pluralidad? Sondearlo es una cosa temeraria; creerlo es piedad; conocerlo es el camino de la vida eterna.

1 Ep. prim. á los cor. cap. II, ℣℣ 11 y sig.
2 Aug. de Symb. ad Cathec. cap IX.

§. III.

Seguridad de la creencia.

El tercer principio de los que nos propusimos exponer, es este:

El misterio de la Santísima Trinidad tiene á su favor argumentos que nos dan la mas plena y perfecta certidumbre moral acerca de su existencia.

Demostracion. Todo aquello que por una parte no puede ser demostrado como contradictorio, y por otra tiene á su favor pruebas extrínsecas que convencen evidentemente de su existencia, debe tenerse por cierto y arrastrar sin reserva nuestra conviccion. Se sabe que hai varios motivos de certidumbre, y aun la filosofía mas severa, léjos de reducirse al testimonio de los sentidos, ó á la clara y distinta percepcion del objeto considerado en sí mismo, coloca entre lo evidente y admite como cierto cuanto se le prueba por argumentos extrínsecos, con tal que se hallen estos probados en el crisol de una buena crítica. Estos argumentos extrínsecos son aquellos que se fundan en el testimonio de los hombres, ora le enuncien por escrito, ora le trasmitan por la palabra, ora le dejen consignado en los públicos monumentos. Ahora bien, como en otra obra hemos demostrado,[1] todos estos argumentos concurren á probar evidentemente la autenticidad, verdad é integridad de los libros santos, y estos libros contienen las cosas que Dios ha revelado á los hombres. Si pues descubrimos en aquellos formando parte de la revelacion el misterio de que se trata, no podemos tener la menor duda sobre la existencia de su objeto; y aunque intrínsecamente examinado, nada podamos afirmar ó negar de una manera concluyente acerca de él; hablando extrínsecamente, no podriamos negarle sin contradecir á nuestra razon misma, esto es, á la certidumbre plena que tiene por la evidencia moral de sus argumentos extrínsecos.[2]

Pero aun contrayéndonos á este solo misterio, basta el considerar lo que va de la inteligencia divina á la inteligen-

1 En nuestra obra titulada: "Estudios fundamentales sobre el hombre," libros VI y VII.
2 Vease el cap. II del art. primero de las nociones preliminares.

cia humana, para tener la mas plena seguridad, supuesta la certidumbre de la revelacion. El que tiene un conocimiento de lo que es la Divinidad, ¿puede por ventura descubrir un motivo de repugnancia en sus arcanos, tan solo porque no caben en nuestra inteligencia? "Dios puede mui bien, dice un célebre teólogo, [1] hacer que la unidad y la Trinidad sea tanto mas conforme á sí misma, cuanto mas repugnante nos parezca." Este concepto tiene un fundamento rigurosamente lógico, que aunque no lo expende el autor citado, creemos que mui bien pudiera reasumir la sustancia de sus pruebas. El poder de Dios no tiene límite ninguno; se extiende tanto como las esencias mismas que viven en su ser increado, que como él, son inmutables y eternas: por consiguiente, Dios tiene á su arbitrio estas esencias mismas, ó para mejor decir, las ve en sí desde su eternidad. ¿Y el hombre? El hombre no conoce las esencias de las cosas: percibe algunos de sus atributos constitutivos; y limitado de esta suerte, se halla en la alternativa de multiplicarse á sí mismo sus tinieblas, invadiendo un horizonte á donde no pueden extenderse sus miradas, ó de creer con sencillez lo que mas incomprensible le parece, cuando por otra parte sabe á no poderlo dudar que está revelado. Cuando se decide por el primer extremo, se aturde á sí mismo con mil aparentes contradicciones; pero estas contradicciones tal vez vienen á ser las armonías mas sublimes, el concierto mas prodigioso á los ojos de Dios. ¿Qué hai aquí de extraño? Nada: Dios conoce las esencias de las cosas, y ve en sí mismo todas las concordancias. El hombre no las conoce, y ve en sí mismo, cuando desecha la fe, todas las contradicciones. Para dar todavía mayor luz sobre esto, pondrémos dos ejemplos: primero, el comercio que hai entre el alma y el cuerpo; segundo, el paralelo que forman, á la vista de una obra extraordinaria, el genio del artista y la oscura mente del aldeano.

En cuanto á lo primero, ¿no es un hecho reconocido por todos el influjo recíproco que tienen entre sí las dos sustancias del ser humano, el alma y el cuerpo? ¿Quién ha podido hasta hoi comprender este secreto misterioso, desde el orígen hasta el estado actual de la filosofía? ¿Cuánto no se ha delirado por esta, siempre que ha tenido el empeño de contradecir lo que no comprende? No reconocen por cierto otra causa los materialistas. ¿Qué sucede pues aquí? Que Dios con su maravilloso poder, no solo ha descubierto en su mente divina, sino hecho vivir con su soberano poder en ma-

1 *Witassio.* Tractatus de Sanctissima Trinitate.

ravillosa concordia estas dos sustancias que han ofrecido tantas contradicciones á la filosofía.

Preséntase á dos espectadores una magnífica perspectiva tomada, por ejemplo, en el daguerrotipo, y se les anuncia la manera de su produccion. El genio del hombre lo encuentra todo mui bien explicado, la ignorancia del otro tal vez pretende que se le quiere engañar. ¿Cuál es el secreto de esta diferencia? La que média entre ambos espectadores, entre ambas inteligencias.

Ahora bien, ni la reunion de las dos sustancias antedichas envuelve repugnancia intrínseca, porque escapa á la razon este secreto, ni el fenómeno de la luz obrado en el daguerrotipo es ménos real porque sea incomprensible á un pobre aldeano. Véase pues el fundamento con que podemos reconocer como un principio, que Dios pueda hallar mui conforme para sí lo que parece mui repugnante á los hombres. No es de nuestro propósito extendernos mas; pero en obsequio de los que apetezcan mayor copia de doctrina, los remitirémos á la segunda disertacion previa, capítulos I y II de la obra citada, donde se reasumen muchos y mui explícitos pasajes de los Padres griegos y latinos en confirmacion de la misma verdad.

CAPITULO II.

EXPOSICION SENCILLA DEL MISTERIO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Despues de haber transcrito literalmente aquella parte del símbolo de San Atanasio que habla del misterio de la Santísima Trinidad, parece que no debiamos ocuparnos de nuevo en otra exposicion. Sin embargo, queriendo aproximarla todavía mas á la explicacion pormenorizada y demostracion teológica de este dogma, nos ha parecido mui conveniente hacer una que, sin tener la suma concision de la del expresado símbolo, ni extenderse demasiado, puede figurar al mismo tiempo como una mayor ampliacion de la primera, y una recopilacion previa de todo este libro. Procedamos pues á llenar el objeto de este capítulo.

En el precedente libro hemos visto que hai un Dios esencialmente uno; que no hai sino un solo Dios; que Dios es uno, Ser necesario, simplicísimo, que no admite division ni tampoco pluralidad en su esencia y sustancia. Réstanos

ahora ver cómo sin alterarse en lo mas mínimo esta unidad esencial y divina de Dios, entraña la Trinidad de personas. Conviene á saber, la persona del Padre, la persona del Hijo y la persona del Espíritu Santo; y cómo estas tres personas realmente distintas una de otra, no equivalen á tres Dioses, á tres esencias, á tres sustancias; sino que todas tres son un solo Dios verdadero. Esta trinidad de personas en la unidad de esencia y sustancia, es lo que llamamos *misterio de la Santísima Trinidad:* misterio profundo, sublime, venerable, divino; misterio fecundo; dogma fundamental de la Iglesia; alto y augusto principio y fuente de todos los dogmas que veneramos. Sin este misterio no hai verdad explicable. El hombre mismo, como ya dijimos, se conoce mejor con este misterio; pues que siendo la imágen de Dios, debe tener y tiene de facto en sí, como á su tiempo verémos, algunos rasgos de su Trinidad gloriosa.

Las tres divinas personas se distinguen tan perfectamente una de la otra, y la otra de las dos, que no deben bajo aspecto ninguno identificarse ni confundirse: una es la persona del Padre, otra es la persona del Hijo, otra es la persona del Espíritu Santo. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo; el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo; sino que el Padre solo es Padre; el Hijo solo es Hijo; el Espíritu Santo solo es Espíritu Santo.

En consecuencia, no se puede dar á una persona el nombre de la otra; porque esto seria identificarlas ó confundirlas.

Mas como en Dios, aunque haya mucho de incomprensible para la razon humana, nada en lo absoluto hai que no tenga un apoyo y fundamento, es claro clarísimo que esta distincion de personas tiene una razon intrínseca que conviene mostrar. ¿En qué está fundada pues la distincion de las tres personas divinas? En sus propiedades y operaciones personales. Esto quiere decir que cada una de las tres divinas personas tiene una cosa peculiar, propia, exclusiva suya, esto es, una cosa que no tienen las otras dos personas; una cosa que aun les es incomunicable, y que basta por lo mismo para introducir entre ellas una distincion esencial. El Padre engendra al Hijo, y del Padre y el Hijo procede el Espíritu Santo: solo el que engendra es Padre; solo el que es engendrado es Hijo; solo el que no engendra ni es engendrado, sino solo procedente como de una comun inspiracion de amor, es Espíritu Santo. Luego el Padre tiene por propiedad exclusiva engendrar, pues que solo él engendra; el Hijo ser engendrado, pues que solo él ha sido engendrado; el Espíritu Santo el ser producido, porque solo él procede sin generacion del Padre y del Hijo. Luego la propiedad exclusiva de la primera persona es la paternidad; la de la segunda la filiacion; la de la tercera la procedencia. Luego bajo ningun aspecto debe confundirse una persona con otra, ni en la idea ni en la denominacion. Procedamos ahora á explicar el cómo podemos tener alguna idea de estas tres personas en particular.

Persona del Padre. El Padre no ha sido hecho, ni creado; no ha nacido, no procede de nadie. El Padre no tiene principio, no tiene orígen. ¿Por qué? Porque allí donde hai una paternidad exclusiva en el ser, donde no ha existido nunca una filiacion, donde tampoco puede asignarse procedencia, no hai orígen, no hai principio, no hai generacion. La paternidad creada reune las tres ideas, conviene á saber, reune la paternidad, la filiacion, la procedencia. Todo padre creatura fué hijo ántes de ser padre, fué hijo del padre que le engendró; y como todas las otras creaturas, tiene el orígen, la procedencia comun de Dios, Creador del cielo y de la tierra, causa de las causas, Autor del hombre, &c. &c. Mas la paternidad divina es exclusiva, porque de otra suerte Dios seria como el hombre; Dios vendria de otra parte, no seria Dios, y nosotros tendriamos necesidad de seguir eslabon por eslabon la cadena de los seres hasta llegar á aquella primera y esencial paternidad que no tuviese principio, que fuese solo paternidad, todo paternidad, esto es, ser necesario, ser esencial, ser eterno, ser activo y fecundo, paternidad esencial. No es nuestro ánimo dar mas luz que la que de suyo proporciona el misterio; pero estas observaciones darán alguna para entender, cuanto cabe en el hombre, cómo hemos de pensar, creer y hablar de esta paternidad divina.

Persona del Hijo. Tratándose de esta divina Persona, nuestro pensamiento y nuestra palabra deben variar; porque no debe pensarse ni decirse del Hijo lo mismo que del Padre en calidad de persona. El Hijo no está sin principio, no está sin orígen; porque el Hijo viene del Padre, y de solo el Padre: he aquí su principio, he aquí su orígen. Mas explicándonos de esta suerte, no queremos dar á entender que el Hijo nació, fué creado, tiene una derivacion temporal, &c. &c.; porque este seria un error, seria una herejía, seria un crímen: un error, porque el Hijo es Dios, y Dios es eterno; una herejía, porque la eternidad del Hijo es un dogma de nuestra fe, y decir que ha sido creado, hecho, que ha nacido ó comenzado en tiempo, es negarle su eternidad;

y un crímen, porque la lei de Dios nos manda, bajo la pena de reprobacion, creer en Dios Hijo coeterno y consustancial al Padre. ¿Cómo viene pues el Hijo del Padre sin dejar de ser eterno como él? Por via de generacion esencial. ¿Qué quiere decir generacion esencial? Aquella sin la cual una cosa no puede concebirse, ni aun existir. Y como un Padre no puede concebirse, ni mucho ménos existir, sin generacion, pues la generacion es la esencia de la paternidad, el Hijo tiene de ser Hijo el mismo tiempo que lleva el Padre de ser Padre. ¿Y cuánto tiempo lleva el Padre de ser Padre? El mismo que lleva de ser Dios; y como es Dios desde la eternidad, el Hijo tambien es Hijo desde la eternidad. El Padre concibe eternamente en su seno, y de esta concepcion incomprensible resulta eternamente un Hijo, el cual no sale nunca del seno que le engendra. De esta suerte vemos con alguna claridad la distincion de estas dos personas en la unidad de su sustancia: la paternidad en la filiacion coexistiendo por ser esenciales, y distinguiéndose sin embargo por ser características.

¡Oh generacion inefable! "¿Quién será capaz de contarla?" dice el Profeta. "¿Quién podrá nunca explicar esta concepcion divina?" "Dios, dice Bossuet, que piensa sustancialmente, perfectamente, eternamente, y que no piensa ni puede pensar sino en sí mismo; pensando conoce algo de sustancial, de perfecto, de eterno como él; he aquí su eterna y perfecta generacion." El Hijo es pues engendrado del Padre, como el conocimiento de un Dios puede ser engendrado en el entendimiento de un Dios. El hombre tambien mira en sí su propio conocimiento, distingue este de su entendimiento que en cierto modo le engendra; pero en fin en el hombre este conocimiento es accidental, imperfecto, sucesivo real y verdaderamente y no simultáneo con su ser. Mas como en Dios no hai ántes, no hai despues, no hai mas, no hai ménos, sino que todo es esencial y eternamente subsistente; es claro clarísimo que este conocimiento sustancial engendrado por Dios en su mismo pensamiento, es como una generacion propia de Dios, generacion empero divina, y el Hijo tiene un orígen de lo eterno. Por esto se le llama *Verbo*. *Verbo* quiere decir *palabra*, y esta palabra en Dios es la palabra interna que expresa y reproduce *sustancialmente* y perfectamente toda la naturaleza divina. "Palabra, dice Bossuet, por la cual un Dios eterno y perfecto se dice á sí mismo todo lo que es, y concibe, y engendra, y produce todo lo que es: engendra en consecuencia un eterno, un coesencial, un consustancial. He aquí al Hijo.

Persona del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no ha sido hecho, no ha sido creado, no ha sido engendrado; sino que procede del Padre y del Hijo como de un principio comun. El Espíritu Santo es pues procedente y no engendrado, es una *procesion* sin nombre particular. Mas es de fé que procede del Padre y del Hijo, que el Padre y el Hijo le producen, como el término de su recíproco amor; sale pues de las dos primeras personas, como de una fuente comun, sale de su mútuo amor, perfecto y único en su género, como el Hijo es único y perfecto en su órden de produccion.

Las explicaciones que hasta aquí llevamos hechas miran exclusivamente á la distincion de las tres divinas personas; muestran cómo está la Trinidad en la unidad, y cómo finalmente no se han de confundir las tres personas: son el desarrollo de estas palabras del símbolo de San Atanasio: "La Trinidad en la unidad, no confundiendo las personas; porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo." Veamos ahora cómo estas tres divinas personas tienen una igualdad soberana, una eternidad comun, como se explica el mismo símbolo: veamos cómo el Ser de Dios está íntegro en cada una de las tres divinas personas.

El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y por consiguiente cuanto corresponde á la esencia de la divinidad corresponde tambien á cada una de las tres personas. Todo el Ser de Dios, su esencia, su naturaleza, su sustancia, sus perfecciones infinitas están en cada una de las tres personas divinas. Recordemos lo que es Dios, lo que comprendemos de Dios, lo que alcanzamos de Dios, y esto mismo debemos aplicarlo á cada una de las tres divinas personas. Dios es infinito, eterno, inmenso, omnipotente, sabio, soberano, señor de todas las cosas. Esto mismo es el Padre, esto mismo es el Hijo, esto mismo es el Espíritu Santo. Por eso leemos estas palabras en el símbolo de San Atanasio: "Mas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo corresponden por esencia y en igual grado la divinidad, la gloria y la soberanía." *(Una est divinitas, equalis gloria, coæterna majestas).* Todos los atributos que están en Dios, que caracterizan á Dios, que esencialmente tiene Dios, todos están divinamente en cada una de las tres divinas personas; pues como dice el símbolo: "cual es el Padre, tal es el Hijo, tal es el Espíritu Santo. Eterno es el Padre, eterno es el Hijo, eterno es el Espíritu Santo: increado es el Padre, increado es el Hijo, increado es el Espíritu Santo: omnipotente es el Padre, omnipotente es el Hijo, omnipo-

tente es el Espíritu Santo: Dios y Señor es el Padre, Dios y Señor es el Hijo, Dios y Señor es el Espíritu Santo."

Mas qué! el hallarse sin diferencia ninguna todo el Ser de Dios y en consecuencia todas sus perfecciones infinitas y sus atributos soberanos en cada una de las tres personas, ¿será motivo para decir que hai tres Dioses? No: y en esto precisamente consiste la naturaleza del misterio: porque así como la Trinidad de las personas no quita la unidad de la sustancia, así tambien el hallarse en cada una de ellas todas las perfecciones de Dios, todo el Ser de Dios, el que cada una de ellas sea Dios, no es motivo para decir que haya tres Dioses. No hai pues, como se expresa el citado símbolo, "no hai tres increados y tres inmensos, sino un solo increado, un solo inmenso: no hai tres omnipotentes, sino un solo omnipotente: no hai tres Señores, sino un solo Señor: no hai tres Dioses, sino un solo Dios." ¿Por qué? Porque así como hablando de cada persona en particular, somos compelidos por la verdad cristiana á reconocerla como Dios y Señor, así tambien tratándose de las tres personas nos prohibe la religion católica, el decir que hai tres Dioses ó tres Señores. En esta Trinidad no hai nada anterior ni posterior, nada mayor ó menor: todas las tres personas son coeternas, coiguales; pues, lo repetimos con el símbolo, hemos de reconocer la Trinidad en la unidad y la unidad en la Trinidad. He aquí el misterio con la explicacion que le han dado los Padres.

Este misterio no fué conocido sino mui imperfectamente del pueblo de Dios en la Era que precedió á la nuestra. Ya hemos dicho que se halla como esparcido en las páginas del Antiguo Testamento, y puede creerse que en la masa del pueblo judío era totalmente ignorado. Si los judíos, depositarios de las profecías, de la lei, del sacerdocio, de las promesas, &c. &c,: si los judíos que contaban con una revelacion, se hallaban de tal suerte oscurecidos en su espíritu en órden á este dogma; ¿qué dirémos de los gentiles? Ya hemos repetido que su historia religiosa es la de todas las extravagancias del carácter, todos los absurdos del entendimiento y todos los caprichos del corazon en lo concerniente al culto: ellos todo lo ignoraban, hasta el dogma de la unidad de Dios. Reservado estaba pues para los cristianos poseer en su totalidad este riquísimo tesoro, creer con la mente y profesar con la palabra este dogma sublime. Jesucristo en persona, es decir, el mismo Verbo hecho carne, el mismo Hijo engendrado en el seno del Padre desde la eternidad, el mismo Dios se dignó revelarle de una manera

mui expresa, y ponerle al frente de la solemne inauguracion que habian de recibir para entrar en su reino los que aspirasen al título y á la gloria de cristianos. "Id, dijo á sus apóstoles, y en ellos á todo el sacerdocio católico, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo."

Este misterio es práctico, es decir, tiende á la accion, y por consiguiente nos liga con cierta clase de deberes. A su tiempo los desarrollarémos con la extension debida; pero entre tanto, creemos conveniente advertir que todos ellos vienen á reasumirse en la unidad de la fe, el amor del reconocimiento, y la imitacion, cuanto es dado al hombre reproducir en su ser la union inefable y eterna de esta Trinidad gloriosa. Débese á este misterio en primer lugar una fe humilde, porque tales son las dos virtudes que por su naturaleza misma debe excitar en la creatura la fe y la humildad. Con la primera creemos el arcano por sola la palabra de Dios, con la segunda reconocemos nuestra limitacion y nuestra nada. Con ambas debemos estar al mismo tiempo atentos y sumisos: atentos, porque Dios habla; sumisos, porque somos sus creaturas y dependemos entera y absolutamente de su palabra y de su poder.

Correspóndenos en segundo lugar el rendir á este misterio adorable los homenajes de amor y reconocimiento, porque en su revelacion está la historia misma de nuestra ventura. Toda la Trinidad gloriosa se ocupa en el hombre, y esto precisamente para realizar su felicidad. El Padre nos ha dado la existencia con su poder, y nos la conserva con su bondad y su providencia: el Hijo nos ha vuelto la vida haciéndose nuestro hermano, en el hecho de encarnar en el seno de una Vírgen, elevando así hasta el rango de su gloria infinita nuestra pobre naturaleza: el Espíritu Santo derrama sin cesar en nuestros corazones el inextinguible fuego que depura todo lo terreno y hace nacer la caridad y con ella los medios infalibles de la eterna salud. Toda la Trinidad ha venido á recibirnos, digámoslo así, en la fuente sagrada por donde nos introducimos á la vida de cristianos, pues que el bautismo se nos confiere en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. La Santísima Trinidad nos acompaña en todo el resto de la vida, pues que en su nombre se nos confiere la gracia de los Sacramentos. En su nombre recibimos la Confirmacion que nos afirma y robustece para sostener con gloria los combates de nuestros enemigos: en su nombre se nos otorga el perdon de los pecados: en su nombre se instituye el sacerdocio católico:

en su nombre se consagra la familia por el Sacramento del matrimonio: en su nombre se ofrece todos los dias el incruento sacrificio de los altares: en su nombre por último desenvuelve constantemente la Iglesia católica su accion santa sobre todos los pueblos de la tierra.

¿Qué dirémos de la imitacion? ¡Ah! Cuando nuestro entendimiento, nuestra palabra interna, nuestro amor correspondan exactamente, cuanto es dado esperarlo de la humana creatura, cuando correspondan, decimos, al entendimiento, al Verbo, al Espíritu de Dios, habrémos realizado en el uso de nuestra naturaleza, la semejanza divina que el Creador se dignó concederla. "Padre Santo, decia Jesucristo en el Cenáculo refiriéndose á sus discípulos, conservad en mi nombre á los que me habéis dado, á fin de que ellos sean una misma cosa como nosotros." "Imitarémos cuanto en nosotros cabe, dice un sabio catequista, aquella union perfecta que hai en Dios, si tomamos el Evangelio por nuestra única regla; porque entónces, obrando todos con un mismo espíritu, con el espíritu de caridad, no tendrémos todos, como en los felices dias de la naciente Iglesia, sino un solo corazon y una misma alma." [1]

CAPITULO III.

DE LOS VARIOS SIMILES EMPLEADOS POR LOS PADRES Y DOCTORES CATOLICOS PARA EXPLICAR ESTE MISTERIO.

La suma importancia de este dogma, que ha ocupado siempre á los mas claros ingenios de la Iglesia; su grande oscuridad, que no nos permite, digámoslo así, mas que columbrar un tanto su fondo, y lo mui grato que es esforzarse no por sondearle, que esto seria una temeridad, sino para adelantar lo posible en su inteligencia; todo esto ha hecho que los Doctores del cristianismo busquen en los objetos de la naturaleza física y del órden intelectual y moral ciertos puntos de comparacion para darle á entender á los fieles. Con el mismo ánimo hemos consagrado un capítulo á la exposicion de estos diversos símiles, pues que tanto contribuyen á ilustrar el entendimiento sobre el inefable misterio que nos ocupa. Mas para llenar debidamente este objeto, no

1 *Brulé.* Precis de la Doctrine catholique á l'usage des maisons l'education, chap. IV.

necesitamos engolfarnos en el *mare magnum* de los Padres y escritores eclesiásticos, pues que un sabio prelado ha recogido con solicitud y calificado con crítica estas diversas comparaciones. Oigámosle pues á él mismo.

"Para elevar el espíritu, cuanto es posible en esta vida, al conocimiento del misterio de la Trinidad, los Padres de la Iglesia y los teólogos insignes han empleado várias comparaciones mas ó ménos insignes. San Basilio nos presenta el arco-íris, como una imágen de la Trinidad. *Es una nube, dice, que un mismo rayo de luz pinta con tres colores diferentes.* San Dionisio de Alejandría le compara con el agua de un manantial, que á poco forma un arroyo, y despues produce un rio. Tertuliano mira en el sol la imágen de la Trinidad, pues en una sola sustancia se encuentra el sol, de quien procede la luz, y el sol y la luz de quien procede el calor." La luz, que es como la sustancia del sol, su reflejo viene á ser como su adorno, y el calor que es como su virtud: la luz corresponde á la primera persona: el Hijo, que la Escritura llama el esplendor del Padre, está naturalmente representado en el esplendor del sol; y el calor parece ser el símbolo del Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo."

"Estas comparaciones tomadas de las cosas corporales, son por cierto defectuosas y ménos propias para expresar la grandeza y la magestad del Ser divino, que para consolar la ignorancia y la debilidad humana: á veces vienen á ser como los efectos necesarios del esfuerzo que hace nuestro espíritu, cuando levantando su vuelo hácia el cielo y volviendo á caer por su propio peso en la materia de donde quiere salir, se adhiere como por las ramas á lo que hai de mas elevado y ménos impuro para librarse de quedar pronta y nuevamente sumergido." "Cuando impelidos por la fe, dice Bossuet, nos atrevemos á llevar nuestras miradas hasta el nacimiento eterno del Verbo, entónces rezelosos mucho de volvernos á sumergir en las imágenes de los sentidos que nos rodean y nos sitian, digámoslo así, no queremos representarnos en las personas divinas, ni la diferencia de las edades, ni la imperfeccion de un niño que viene al mundo, ni todas las otras bajezas de las generaciones vulgares: el Espíritu Santo nos representa lo que la naturaleza tiene de mas bello y mas puro; la luz en el sol como en su fuente, y la luz en el rayo como en su fruto. Allí se conoce inmediatamente un nacimiento sin imperfeccion, y el sol fecundo desde el instante en que comienza á existir, parece la imágen mas perfecta de Aquel que, existiendo siempre, es tam-